

COLONOS Y SUS ESTADOS

Respuesta a Zeev Sternhell

Estoy muy agradecido a Zeev Sternhell por la seriedad con la que se ha aproximado a mi libro *The Returns of Zionism* y por la extensa crítica que ha escrito sobre él¹. Sternhell ha sido la voz más consistente del sionismo socialdemócrata en la vida pública israelí. Su obra *The Founding Myths of Israel* es una crítica sobresaliente de la ideología del sionismo laborista, en general, y de A. D. Gordon, el padre y mentor ideológico de la segunda *aliyah*, en particular². Propinó un *coup de grâce* acreditado y de alto valor intelectual a cualquier pretensión universalista que pudiera quedar en el sionismo laborista cuando Sternhell escribía el libro. En docenas de artículos en *Haaretz*, ha atacado infatigablemente la ocupación posterior a 1967 y el proyecto ilegal de asentamientos en los Territorios Ocupados, así como las manifestaciones en Israel de la globalización neoliberal y el desmantelamiento del Estado del bienestar. Prueba de su coraje e integridad es que el 24 de septiembre de 2008 un colono israelí puso una bomba en el umbral de su casa. Sternhell resultó herido por la explosión.

Pero aunque tengo todos los respetos por la profundidad de la convicción que se encuentra en la repuesta de Sternhell a *The Returns of Zionism*, no puedo evitar desear que hubiera entrado en los argumentos reales del libro, por encima de todo en la cuestión de los nacionalismos judíos modernos alternativos y en la naturaleza colonialista de asentamiento del proyecto sionista. Así, discute en profundidad el antisemitismo de la Tercera República francesa y la respuesta que le da Herzl, pero no ofrece ninguna crítica de los demás nacionalismos judíos en la Europa de esa

¹ Zeev Sternhell, «In Defence of Liberal Zionism», *NLR* 62 (2010), en este mismo número.

² Publicada en inglés como *The Founding Myths of Israel. Nationalism, Socialism and the Making of the Jewish State*, Princeton, 1998. Sternhell nació en Polonia en 1935; en 1941 fue enviado con su familia al gueto. Más tarde fue sacado clandestinamente, y sobrevivió a la Shoah —en la que su madre y su hermana perecieron— con la ayuda de documentos falsos. En 1946 se marchó a Francia, donde asistió al liceo en Aviñón, para emigrar a Israel en 1951, donde estudió en la Universidad Hebrea de Jerusalén; realizó su tesis doctoral sobre Maurice Barrès en el Institut d'Études Politiques de París. Su trabajo sobre la ideología de la derecha incluye *Neither Right nor Left. Fascist Ideology in France*, Princeton, 1986, y, recientemente publicado en inglés, *The Anti-Enlightenment Tradition*, New Haven, 2010.

época, más progresistas y menos *völkisch*, que no eran coloniales en absoluto: el autonomismo, el bundismo o el judeo-nacionalismo anarcorrevolucionario de Bernard Lazare. Estas corrientes rechazaron la premisa de que la emancipación debía estar condicionada por la asimilación, mientras que el sionismo, aunque rechazaba la asimilación, consideraba que las dos eran sinónimas. Estos nacionalismos modernos judíos eran auténticamente laicos, rechazaban el Antiguo Testamento como un texto religioso en marcado contraste con el sionismo, cuya laicidad está limitada al rechazo del judaísmo rabínico. Como ha señalado Amnon Raz-Krakotzkin, la lógica de la laicidad del sionismo israelí es «no hay Dios, pero Él nos prometió la Tierra».

Inherente a estas expresiones modernas del nacionalismo judío era la determinación de cambiar las sociedades dentro de las que habían existido los judíos, y desafiar la exclusividad del Estado-nación europeo. Igualmente fundamental era la voluntad de trabajar con los judíos tal como realmente eran, aunque fuera acompañada de una modernizadora confianza en la mejora colectiva e individual. El sionismo, por el contrario, compartía la visión hegemónica, tanto de antisemitas como de progresistas, como George Eliot, de que las sociedades nacionales eran orgánicas y homogéneas, y, por ello, los judíos –dentro de esta lógica, un elemento extrínseco al cuerpo nacional– debían emigrar y reproducir el mismo tipo de sociedad nacional exclusiva, en un pedazo de tierra en Oriente considerado «vacío». Esto es lo que Daniel Deronda y Mirah Lapidoth presumiblemente planeaban al final de la novela de Eliot. Por otra parte, el sionismo aceptaba que había algo irremediabilmente malo en los judíos tal como estaban, es decir, mientras permanecieran «en el exilio». Necesitaban ser territorializados para poder ser normalizados.

Desde el momento en que el objetivo sionista fue el reasentamiento de los judíos europeos en una tierra controlada por un poder colonial europeo para crear una entidad política soberana, ya no podía entenderse como «simplemente» un nacionalismo de Europa central u oriental; también era, inevitablemente, un colonialismo de colonos blancos. Para Herzl, esto finalmente «blanquearía» a los judíos haciéndolos aceptables para los blancos cristianos, como Kingscourt, el *junker* prusiano de su novela *Altneuland*. Para los sionistas, la consideración de las sociedades nacionales europeas como exclusivamente orgánicas no sólo era algo aceptable sino deseable; simplemente pensaban que los judíos debían tener la suya propia en otra parte. Yo manifestaba esto de modo microhistórico, trayendo a primer plano, como *Ansatzpunkt*, el momento de bifurcación entre el pensamiento de Herzl, el colono soberano, y Bernard Lazare, el «paria consciente»³. A Sternhell se le escapa por completo la sutileza de este

³ Este método se inspira en el trabajo microhistórico de Carlo Ginzburg «Latitude, Slaves and the Bible: An Experiment in Microhistory», *Critical Inquiry* XXXI, 3 (2005), pp. 665-683.

método y lo confunde con un intento de excavar en unos comienzos que entonces determinaron inalterablemente la subsiguiente historia del sionismo y de Israel/Palestina. Lo que se obtiene de este tipo de interpretación microhistórica es la combinación de un entendimiento historicista de los protagonistas, dentro de los límites de su contexto, con el beneficio de la retrospectiva que, sin embargo, no echa a perder el desarrollo del relato.

Estados de colonos

Políticamente, el tema más trascendental es esa espinosa palabra que empieza con la C de colonialismo. Estoy francamente desconcertado por la distorsión, o malinterpretación, que hace Sternhell de mis argumentos para situar el proyecto sionista en Palestina y el Estado de Israel dentro del marco de un estudio comparativo del colonialismo de colonos. Sternhell intenta refutarlos diciendo que la empresa sionista en Palestina no estaba basada en la explotación de la mano de obra árabe nativa y que no tenía el «monopolio del poder político». Pero el punto fundamental de una colonia de colonos blancos –Nueva Inglaterra, Virginia, Australia, Nueva Zelanda, Argentina– es que está basada, por una parte, en la mano de obra blanca, en el completo aislamiento respecto a los nativos y en la gradual expansión histórica bajo las bayonetas de un poder colonial metropolitano durante el tiempo necesario, y, por otra, en la creación de una economía autosuficiente que puede atraer nueva emigración de colonos. En contra de la alegación de Sternhell de que esta idea está «anticuada», un boyante campo de estudios comparativos del colonialismo de colonos ha producido en las décadas pasadas algunos de los estudios más penetrantes sobre estas sociedades. Su punto de partida es el reconocimiento de que, a partir del siglo XVI, la expansión y la conquista europeas produjeron dos formas de colonialismo relacionadas pero claramente diferenciables. Una era el colonialismo de la metrópoli, con el que las potencias europeas conquistaron y dominaron grandes territorios, pero sin que se produjera una emigración europea que buscara convertir esos territorios en su hogar nacional: la India británica es un buen ejemplo. El otro tipo era el colonialismo de colonos, en el que la conquista trajo consigo considerables oleadas de colonos europeos que, con el paso del tiempo, intentaron convertir la colonia en su patrimonio nacional. Este proceso suponía una relación con los pueblos indígenas que iba de la desposesión a la eliminación, o de la esclavitud –para la que en su mayor parte no utilizaban a la población nativa– a la mano de obra barata, dependiendo de la formación social y económica de la sociedad de colonos de la que se tratara.

Los logros del estudio comparativo de los colonialismos de colonos han sido simultáneamente académicos y políticos. Varias de estas colonias produjeron el nacimiento de poderosos Estados-nación que han impuesto

sus propias narrativas hegemónicas, nacional e internacionalmente. El campo comparativo no sólo cuestiona esas narrativas, por medio de la evidencia y la interpretación compensatoria; también ofrece una explicación alternativa de las propias formaciones sociales. En el proceso quedan socavadas tres características fundamentales comunes a estos mitos colonizadores hegemónicos. La primera es la supuesta singularidad de cada nación de colonos; la segunda, el privilegio que se otorga a las intenciones de los colonos, como sujetos soberanos, a expensas de la conciencia de los nativos; la tercera, la supuesta inconsecuencia de los nativos con la forma que adopta cada sociedad de colonos. En otras palabras, no se niega el conflicto con los nativos, pero se suprime el papel fundamental que ese conflicto ha desempeñado para dar forma a la identidad de la nación de colonos. Sitúo la colonización sionista de Palestina y el Estado de Israel dentro de la tipología de los colonialismos de colonos, un paso que debería haber evitado la tediosa afirmación de que el sionismo no puede calificarse de empresa colonial porque le faltan las características del colonialismo metropolitano; como si alguien estuviera sugiriendo otra cosa. Los que sus apologistas no afrontan es el paradigma del colonialismo de colonos.

De ninguna manera soy el primero en sugerir esto. El análisis sistemático pionero del Israel sionista como proyecto colonizador fue el del fallecido Baruch Kimmerling con *Zionism and Territory*, en 1983. A finales de la misma década, el magistral *Land, Labor and the Origins of the Israeli-Palestinian Conflict*, de Gershon Shafir, utilizó el método del estudio comparativo del colonialismo de colonos para ocuparse de la primera fase de la colonización sionista, desde 1882 hasta 1914, y más tarde de la naturaleza del Estado de Israel. Shafir señalaba que, aunque el sionismo tenía ciertas características históricas específicas, era perfectamente comparable a otros proyectos colonizadores; y que lo que dio forma a la naturaleza y a las instituciones de la colonización judía de Palestina no eran simplemente las ideologías intrínsecas del proyecto, sino la propia lucha colono-indígena. Shafir subrayaba la distinción entre colonialismo de la metrópoli y el colonialismo de los colonos, y ayudó a reafirmar la taxonomía de este último. En especial, distinguió dos tipos de asentamientos coloniales: la «plantación» —que adapta al contexto de Palestina llamándola la «plantación étnica»— y el «puro asentamiento colonial». El tipo plantación prevaleció en la fase inicial del asentamiento sionista en Palestina, conocido como la primera *aliyah* (1882-1903), que fue testigo de la llegada de entre 20.000 y 30.000 emigrantes. Inspirada por el modelo de la Argelia francesa y guiada por tecnócratas de los Rothschild, fue una formación social en la que, desde la posición estratégica del colono, lo que se necesitaba de los nativos era a la vez tierra y mano de obra barata. Con la llegada de la segunda *aliyah* (1904-1914), que trajo entre 35.000 y 40.000 emigrantes, se produjo el crucial paso de la plantación al puro asentamiento, en un proceso que Shafir documentó meticulosamente e interpretó con gran perspicacia:

La revolución de la segunda *aliyah* contra la primera no se originó por la oposición contra el colonialismo [de colonos] como tal, sino por la frustración provocada por la incapacidad de la plantación étnica colonial para proporcionar suficiente empleo para los trabajadores judíos, es decir, por la oposición a la forma particular de la colonización de sus predecesores. El método de asentamiento de la segunda *Aliyah*, y posteriormente el método sionista dominante, no era otra cosa que otro tipo de colonización europea en el exterior; el «puro asentamiento colonial» que también se encontraba en Australia, en el norte de Estados Unidos y en otros lugares. Su triple objetivo era el control de la tierra, el empleo que asegurara un nivel de vida europeo y la emigración masiva [...]. Esta forma de asentamiento puro descansaba en dos pilares exclusivos: el Fondo Nacional Judío de la Organización Sionista Mundial y [...] el Histadrut. Los objetivos del FNJ y del Histadrut eran respectivamente la retirada de la tierra y del trabajo del mercado, dejando fuera de ellos a los árabes palestinos⁴.

Colonizadores y conciencia

A lo largo de toda su crítica, Sternhell remarca –en una afirmación cuyo significado se me escapa– que «Piterberg se sitúa a sí mismo dentro de la “superestructura” marxista». Lo que yo sugiero realmente es que mi libro puede verse como complemento del de Shafir, añadiendo un análisis de la superestructura a su penetrante explicación de la base. Aunque no lo menciono explícitamente en el libro, esta sugerencia está inspirada en la insistencia de Althusser –y de Perry Anderson– en que la variedad de formaciones sociales a lo largo de la historia es el resultado de una interacción dinámica *entre* la base y la superestructura en vez de un reflejo mecanicista de la primera sobre la segunda. Empiezo por la suposición de que si la formación de la tierra-trabajo en Israel ha sido tan palpablemente típica de los asentamientos coloniales, es probable que haya una superestructura correspondiente. Así, señalo que la utilización sionista-israelí del Antiguo Testamento no era «judía», sino colono-protestante en su historia y morfología; y que la mentalidad de las figuras sionistas más importantes era típicamente la de los colonos blancos. Éste fue ciertamente el caso de la explicación de Haim Arlosoroff en la década de 1920 de por qué la cooperación entre trabajadores judíos y árabes debía ser terminantemente rechazada; de la teoría y práctica del asentamiento de Arthur Ruppin en las primeras décadas del siglo xx, y del proyecto Biblia de Ben-Gurion en la década de 1950 y comienzos de la siguiente.

El estudio comparativo del colonialismo de colonos es una condición *sine qua non* para una comprensión adecuada del pasado, pero también del presente perfecto. Aquí el trabajo del intelectual australiano Patrick Wolfe ha sido de capital importancia. La originalidad y perspicacia de los es-

⁴ Gershon Shafir, «Zionism and Colonialism. A Comparative Approach», en Michael N. Barnett (ed.), *Israel in Comparative Perspective*, Albany, 1996, p. 235.

critos de Wolfe sobre este tema se encuentran en su aprecio crítico de escritores anticoloniales como Amílcar Cabral y Franz Fanon, y de otras posteriores como Gayatri Spivak. «Pese a todo el homenaje brindado a la heterogeneidad y la diferencia», señala Wolfe, «el grueso de la teorización poscolonial está inutilizado por una noción de colonialismo curiosamente monolítica y sorprendentemente falta de examen». Sostiene que una de las razones de ello

se encuentra en el accidente histórico (¿lo es?) de que los fundadores originarios del canon poscolonial vinieron de colonias de absorción o dependientes, en oposición a las colonias de asentamiento o de criollos. Esto dio a esta guerrilla de teóricos la ventaja de hablar a una mayoría oprimida, de cuyo trabajo una minoría colonizadora era vulnerablemente dependiente [...]. ¿Pero qué pasa si los colonizadores no dependen del trabajo nativo? Es más, ¿qué pasa si los propios nativos han sido reducidos a una pequeña minoría cuya supervivencia difícilmente puede verse que proporcione a la sociedad colonizadora algo más que una remisión de la vergüenza ideológica?⁵.

Wolfe atribuye un decisivo significado explicativo al hecho de que –en contraste con la formación colonial que afrontaron Cabral o Fanon– las colonias de colonos «no fueron establecidas ante todo para obtener plusvalor de la mano de obra indígena». Por el contrario, «tenían como premisa el desplazar (o reubicarlos) de la tierra a los indígenas». Esto creó una situación en la que «era difícil hablar de una articulación entre el colonizador y el nativo, ya que la articulación determinada no es hacia una sociedad, sino directamente hacia la tierra, una precondition de la organización social». La conclusión es una formulación que otros estudiosos del colonialismo de colonos comprensiblemente citan: «Las colonias de colonos estaban (están) basadas en la eliminación de las sociedades nativas. La tensión de la ruptura refleja una característica determinada de la colonización de colonos. Los colonizadores llegan para quedarse; la invasión es una estructura, no un acontecimiento»⁶.

Judaizando Galilea

Las colonizaciones de colonos que han triunfado y que se han convertido en poderosos Estados-nación a menudo continúan «comportándose» como si todavía fueran proyectos de colonos. Israel es un claro ejemplo de ello. Hay dos hilos de continuidad principales entre la fase de colonización de la frontera y la de la existencia de un Estado. El primero es el proceso continuo de adquirir trozos de tierra y de expulsar a los palestinos, o encerrarlos en menguantes espacios aislados. La segunda es el re-

⁵ Patrick Wolfe, *Settler Colonialism and the Transformation of Anthropology. The Politics and Poetics of an Ethnographic Event*, Londres y Nueva York, 1999, p. 1.

⁶ P. Wolfe, *Settler Colonialism*, cit. p. 2.

forzamiento actual –mediante leyes, instituciones o mecanismos coercitivos– de lo que puede calificarse como supremacía del colono o, en este caso, supremacía judía. Así se pueden distinguir sustanciales continuidades en los modelos de asentamiento desde las primeras etapas de la colonización sionista, a través de lo que el geógrafo israelí Oren Yiftachel califica como «asentamientos en la frontera interior» dentro de la Línea Verde, los proyectos en los territorios ocupados después de 1967, o lo que otro geógrafo, Elisha Efrat, ha llamado la «geografía de la ocupación».

Se puede tomar un ejemplo de la región de Galilea, donde la limpieza étnica en 1948 fue menos exhaustiva que en otras partes del país. De manera característica, Ben-Gurion señaló a mediados de la década de 1950 que, mientras que el desierto de Negev estaba literalmente vacío, Galilea estaba vacía en el sentido de que no había judíos. Esto dio paso al proyecto estatal conocido como la judaización de Galilea, puesto en marcha en la década de 1970. *Mutatis mutandis*, su propósito básico tenía reminiscencias del proyecto alemán del siglo XIX de colonización interna en Prusia oriental, que habían inspirado decisivamente Arthur Ruppin y Franz Oppenheimer siete décadas antes: transformar la estructura demográfica del área enviando judíos y, donde fuera posible, expulsando a los árabes; y limitar el crecimiento de las comunidades árabes creando bloques continuos de asentamientos judíos alrededor de ellos, aislando así las ciudades y los pueblos palestinos los unos de los otros.

El trabajo de Oren Yiftachel sobre los proyectos de colonización interna es especialmente instructivo. Particular relevancia tiene su estudio de las *mitzpim* (perspectivas), las formas principales de asentamiento desde finales de la década de 1970. Su marco de trabajo es el del Estado colono que despliega las primeras instituciones sionistas todavía en activo –en particular el Fondo Nacional Judío– así como otras nuevas, para colonizar lo que llama la frontera interna. Las *mitzpim* son en cierto sentido, una versión suburbana del *kibutzismo*: formadas casi por completo por judíos askenazis de clase media, han encontrado diversas maneras –sancionadas por el Estado– para excluir a los judíos *mizrabi*, no digamos ya a los árabes palestinos. No hace falta decir que ofrecen un elevado nivel de vida en términos de servicios y hábitat. Yiftachel resume la función de los asentamientos políticos en Galilea como «partir en dos la territorialidad regional árabe, reducir la posesión árabe de tierras y desatender a los pueblos árabes de la mayor parte del desarrollo e infraestructuras inducidos por el Estado»⁷.

En este contexto, la ocupación posterior a 1967 ha dado paso a una situación curiosa: lo que empezó como un proyecto de colonos y se con-

⁷ Oren Yiftachel, «Nation Building or Ethnic Fragmentation?», *Lewis Center for Regional Policy Studies Working Paper* (nov. 1996), p. xiv.

virtió en un Estado colono, desde entonces ha adquirido colonias que a su vez han creado un nuevo proyecto de colonos. Los modelos de estos asentamientos en los territorios ocupados tienen mucho en común con las fases previas de colonización antes de la creación del Estado y con la colonización estatal dentro de la Línea Verde. El propósito siempre ha sido crear bloques territoriales judíos contiguos, expulsar de la tierra a tantos palestinos como sea posible y quitar tanta tierra como sea posible a los palestinos. En su *Geography of Occupation*, Elisha Efrat ofrece fascinantes observaciones sobre las continuidades de las estructuras de los colonos, incluso después de haber alcanzado la soberanía:

El pequeño asentamiento de los reductos creado por el asentamiento pionero, *à la* «pared y empalizada» [*boma u-migdal* de la década de 1930 y 1940]; el modelo de bloques repetía el concepto regional implantado en Tel Mond Bloc, Emeq Hefer y Emeq Zevulun; el modelo regional esencialmente repetía el asentamiento en los distritos de Lakhish y Besor, y en el corredor de Jerusalén; el modelo urbano adyacente se inspiraba en el experimento del Alto Nazaret; el modelo de municipio se aprovechó de las experiencias acumuladas de asentar inmigrantes en las ciudades desarrolladas; y finalmente el asentamiento comunal fue creado para atender las necesidades del asentamiento rural que carecía de tierra y medios agrícolas de producción⁸.

Como toda sociedad de colonos, Israel tiene sus propias especificidades históricas. Un ejemplo evidente es la Shoah, como acontecimiento catastrófico y fenómeno persistente. Otras dos características –relacionadas– son claramente sionista-israelíes. La primera es que, como ideología de colonos, niega el original carácter nativo de los propios nativos de una manera que incluso instancias más supresoras como Argentina, Estados Unidos y Australia no han hecho. La segunda es que finalmente ésta es una situación colonial sin resolver, que implica varias paradojas. Por una parte, la presencia de los palestinos nativos desempeña un papel mucho más importante que, por ejemplo, los nativos americanos o los aborígenes australianos. Por otra, la asimetría de poder entre el Estado de los colonos y los indígenas ha crecido de manera exponencial. Esta paradoja es volátil, porque –de manera frustrante, habida cuenta de su posición ventajosa– el Estado de los colonos no puede convertir esta enorme discrepancia de poder en una expulsión irrevocable de los nativos, ni resignarse a su presencia como seres humanos iguales, individual y colectivamente.

Resultados

Sternhell finaliza describiendo mi libro como «una invectiva». Desde luego es sabido que los trabajos críticos sobre el sionismo o sobre Israel son «invectivas» (o algo peor), mientras que los que se muestran favorables

⁸ Elisha Efrat, *Geografia shel kibush* [Geografía de la ocupación], Jerusalén, 2002.

son eruditos; los lectores juzgarán por ellos mismos. Pero su acusación de que mis opiniones son equivalentes al deseo de la desaparición de Israel exige una respuesta. Me opongo vehementemente a cualquier posición que busque la destrucción violenta de Israel, que, en términos de su fundación, no es ni más ni menos legítimo que otros Estados de colonos como Estados Unidos, Canadá o Australia. Lo que defiende es la desionización del único Estado que ha existido *de hecho* entre el río Jordán y el Mediterráneo durante cuarenta y tres años –más del doble de la duración de Israel dentro de la Línea Verde–, de manera que pueda convertirse en un Estado moderno, basado en algo que recuerde al sufragio universal, en vez de un Estado basado en la supremacía judía.

Sternhell pertenece a una formación sociopolítica que está ahora al borde de la extinción, la izquierda liberal del sionismo israelí. Apoyó los Acuerdos de Oslo y continúa creyendo en la solución de los dos Estados no sólo como un acuerdo político viable, sino también como reivindicación del proyecto sionista y del Estado de Israel. Desde su propia perspectiva, así como por la manera como ha sido tratada por la sociedad israelí, esta corriente sufrió un severo golpe en 2000 en la estela de los acuerdos de Camp David. Sufrió un duro despertar y quedó «decepcionada» por Arafat y por los palestinos en general. Parece razonable especular con que si Camp David hubiera producido los mismos resultados, pero con un gobierno del Likud, los liberales israelíes no se hubieran decepcionado tanto; Ehu Barak, sin embargo, es «uno de los nuestros» y por ello digno de confianza. Desde 2000 y después de la Intifada de al-Aqsa, han aparecido dos versiones de este sionismo israelí liberal. La una, agresiva y extremadamente racista, está fielmente representada por el historiador Benny Morris y el columnista del *Haaretz*, Ari Shavit. La otra, cuyas voces más señaladas son Sternhell y Tom Segev, aunque denuncia la resistencia palestina como terrorismo, ha permanecido constante en su completa oposición a la Ocupación, al proyecto de asentamientos y en su adhesión a (más o menos) la Línea Verde como la frontera definitiva de Israel.

Habida cuenta de las «realidades sobre el terreno»⁹, la esperanza de Sternhell de que Israel, como Estado sionista, pueda un día retroceder –o verse obligado a hacerlo– a su existencia anterior a 1967 es completamente insostenible. Realmente, la razón por la que Sternhell se indigna tanto ante *The Returns of Zionism* se encuentra en su básica decencia y honestidad. Sabe que su sueño de un Israel socialdemócrata dentro de las fronteras de la Línea Verde ha quedado hecho añicos, que la Ocupación está allí y seguirá estándolo en el futuro inmediato. Todavía más importante es su conocimiento de que el Israel sionista es simplemente irreconcilia-

⁹ Como las analiza, por ejemplo, el anterior alcalde de Jerusalén, Meron Benvenisti: «The Inevitable Bi-national Regime», *Haaretz*, 27 de enero de 2010.

ble con la idea de cualquier remota ciudadanía para todos los que están incluidos en él, al margen de que esto sea la culminación del proyecto sionista o la pesadilla en que ha acabado una esperanza decorosa terriblemente pervertida. Él sabe que con cada día que pasa, Israel –dentro y fuera de la Línea Verde– se vuelve más agresivo, más opresivo, más empeñado en llevar la supremacía judía hasta niveles sin precedente. Sternhell, y ello reviste mayor importancia, conoce también como yo la memorable frase de S. Yizhar en su novela de 1948 *Khirbet Khizeh*: «vinimos, disparamos, quemamos, dinamitamos, eliminamos, expulsamos y enviamos al exilio». Para un individuo tan decente como Sternhell es bastante doloroso limitar la lectura de esta frase a 1948; la realización de su profético contenido, como sinécdoque de lo que se iba a convertir Israel, es seguramente intolerable.